

Coelho Netto

La flauta y el sabiá



POSADA sobre una lustrosa mesa, yacía, en rico estuche de terciopelo, una flauta de plata. Justamente por sobre la mesa, en una jaula riquísima suspendida del techo, moraba un sabiá (1).

Y he aquí que, en la sala silenciosa, descende un rayo de sol sobre la jaula; el sabiá, contento, modula un arpegio. Al oírlo y, como para hacer irrisión del melodioso cantor silvestre, la flauta se agita zumbona en su estuche.

—¿De qué te ríes?—inquire el pájaro. Y la flauta, en respuesta:

—¡Vaya! Pues que tienes el desparpajo de chillar en mi presencia.

—Y tú, ¿quién eres?, aunque esté mal el preguntarlo.

—¿Qué quién soy yo? Bien se ve que eres un salvaje. Soy la flauta. Marsias, mi inventor, luchó con

(1) Ave canora del Brasil.

Apolo y lo venció. Y el Dios, despechado, lo inmoló por ello. Lee los clásicos.

—Es un placer el conocerte . . . Yo soy un mísero sabiá de la selva. Pobre de mí, fuí creado por Dios mucho antes de que hubiera invenciones. Pero dejemos el pasado. Dime, ¿qué haces tú?

—Cantar.

—Poco rinde el oficio: ¡Y que lo diga yo, que no hago otra cosa! Dejaré de cantar—¡ojalá no hubiera abierto nunca el pico, porque tal vez siendo mudo no me habrían esclavizado!—si oyendo tu voz me convengo de que es superior a la mía. Canta para apreciar tu gorjeo y hacer lo que sea justo.

—¿Qué yo cante?

—¿Acaso no te parece razonable mi petición?

—Yo sólo canto en los palacios, para regalo de los reyes y en las iglesias, donde mi voz acompaña los himnos sagrados. Mi canción es la armoniosa inspiración de los genios o la rapsodia sentimental del pueblo.

—¡Pues venga ese primor! Aquí estoy, dispuesto a oírte y a proclamarte, sin envidia, la reina del canto.

—Eso, ahora, no es posible.

—¡No es posible! ¿Por qué?

—Pues porque no está aquí el artista.

—¿Qué artista?

—Mi dueño, de cuyos labios sale el soplo que yo transformo en melodía.

—¿Y de modo que es así?

—¿Y cómo había de ser?

—Entonces, mi amiga—modestia aparte—¡vivan los sabiás! Vivan los sabiás y todos los pájaros de los bosques que cantan cuando les place, sacando de su propio pecho el aliento con que dan su melodía. Como tu vanagloria, es la ufanía de muchos que nada valen sin el auxilio ajeno; si no se sienten amparados, no osan moverse; no cantan si no reciben el soplo de otro, no suben si no son empujados. El sabiá vuela y canta; se remonta a las alturas, porque tiene alas, gorjea porque tiene voz. Y sucede siempre que son los que viven de ajeno prestigio los que más alto pregonan sus triunfos. Flautas, flautas... Cantan en los palacios y en las catedrales... ¡Ensayá un dúo conmigo!

Y el sabiá, irónicamente, se pone a cantar a plena voz; la flauta de plata, empero, permanece muda en su estuche de terciopelo.

Tradujo ANTONIO SEGORBE.